

Juan Carlos Chirinos

Los cuentos nos acechan por doquier

Entre sus obras:

Leerse los gatos, (1997); *El niño malo cuenta hasta cien y se retira* (en prensa); *Alejandro Magno. El vivo anhelo por conocer*(en prensa); Albert Einstein (en prensa).

Poética de la escritura

Cuando el cuento te persigue a donde vas. Salgo una mañana a comprar el pan: un perro me sigue, como husmeando en mis asuntos. Entro en el metro leyendo un libro sobre jirafas: en mi vagón hay un señor con un cuello tan largo como una llama boliviana. Me rasco la nuca, por si acaso. Un zamuro da fúnebres vueltas sobre mi cabeza durante toda la tarde y yo tomo la previsión de bañarme a fondo. Me aburro en un autobús que va al centro de la ciudad y otro señor creo que es un banquero famoso- se distrae pegando bolitas de moco en el asiento que tiene al lado. Una noche cruzo un descampado para ir a dormir y justo a la mitad del camino se ven pasar tres estrellas fugaces que luminan todo el campo, y obligan a los cocuyos a brillar más. Me cito con mi nuevo amor en una cafetería: cuando la veo de espaldas me le acerco para hacerle una ternura y descubro que se trata de otra muchacha que me gusta más. Instalo con ludopatía el juego de video que acabo de comprar y resulta que el personaje principal tiene el mismo rostro que yo; y, además, la canción del juego es una que me gustaba tararear cuando estaba en el kínder. Llego aturdido a una ciudad de catorce millones de habitantes en la que nunca he estado y saliendo del teatro me topo con alguien de la oficina, una vecina muy querida y el mejor amigo de mi infancia: el hombre del taxi nació en el mismo sitio que yo.

Así sucede siempre. Aunque no los escribiéramos, los cuentos nos acechan por doquier. Se esconden en la nebulosa de la cotidianidad y aparecen cuando ya hemos bajado todas las defensas. Nunca se muestran completos; les gusta que los imaginemos y les adjudiquemos habilidades y talentos que no poseen. Viven de eso. Y a mí, que he tomado la costumbre de recordarlos sobre el papel, me persiguen a todos lados y en los momentos menos oportunos, como desafiando a mi memoria, dispuestos siempre a no dejar que pierda el interés en ellos ni por un segundo. Ando por el mundo como un detective de relato policial, dispuesto a rescatar el mínimo indicio que me lleve a un final, cualquier final. A veces muchos de ellos se juntan, forman un ejército y caen sobre mí como en batalla de Gaugamela, y no me queda más remedio que prestarles atención, anotar cada una de sus penas, atender a sus reclamos, sin perder nada de lo que digan: allí comienza a gestarse otra novela. Madrid, junio de 2001.

Influencias

Podría decir para salir del paso que todo lo que he leído, desde la primera frase del «Quijote» hasta la última indicación de la caja del Corn Flakes, ha ejercido influencia sobre lo que escribo. Cuando dedicamos tiempo a inventar historias, todo cuanto nos rodea se convierte en material sensible de ser convertido en palabras y, por un conjuro que no logramos explicar, todo eso es el detonante para una nueva idea, una nueva manera de pensar, una frase atractiva para comenzar otra novela. La lectura es un ejercicio de «zapping», por eso sé que cuando me preguntan por mis influencias sólo puedo contestar por lo que en ese momento estoy leyendo, sólo sé dar cuenta de los libros entre los que «zapeo» como en televisión por cable: ellos son lo más cercano a mis ojos de narrador: la relectura de la «Historia del tiempo» de Stephen Hawking y cinco escritos morales de Umberto Eco; una novela mediocre sobre Cleopatra y los nueve cuentos alucinantes de J.D. Salinger; la recién premiada «El vuelo de la reina» de Tomás Eloy Martínez, un divertimento pasable, y los mecanismos complejísimos de «Un espía perfecto» de John Le Carré; la Atenas polvorienta y corrupta que nos regala Petros Markaris en «Noticias de la noche»; la maestría de Dumas en «El conde de Montecristo», y las sorpresas gratas que ofrece Julian Barnes en «El loro de Flaubert». Y Borges. Y Cortázar. Y siempre Cortázar.

Narrativa venezolana contemporánea en estos tiempos

La narrativa venezolana contemporánea es un animal muy evolucionado que vive escondido en lo profundo de un bosque. Nuestra tarea, como parte de ese animal, es tratar de que se conozca en el mundo.

Los textos que en la última década han entregado narradores como José Balza (*Después Caracas, Un Orinoco fantasma*), Carlos Noguera (*Juegos bajo la luna, La flor escrita*), Ednodio Quintero (*Lección de Física, El corazón ajeno*), Silda Cordoliani (*La mujer por la ventana, Babilonia*), Juan Carlos Méndez Guédez (*El libro de Esther, Árbol de luna, Tan nítido en el recuerdo*), Ricardo Azuaje (*La expulsión del paraíso, Juana la roja y Octavio, el sabrio*), Israel Centeno (*Criaturas de la noche, Exilio en Bowery*), Slavco Zupcic (*Barbie, Pizzas, pizzas, pizzas*), José Roberto Duque (*Salsa y control*), Roberto Echeto (*Cuentos líquidos*), Boris Izaguirre (*Azul petróleo, Verdades alteradas*), Antonieta Madrid (*De raposas y de lobos*), Ana Teresa Torres (*La favorita del señor, Doña Inés contra el olvido*) y podría citar una decena más, demuestran, en principio, dos cosas: primero, que el concepto generacional pierde sentido o se amplía porque todos ellos (nacidos entre 1939 y 1970) pertenecen a los narradores de fin de siglo, aunque los separen más de treinta años, y tengan gustos y tendencias muy diferentes; segundo, que el cuerpo narrativo venezolano se construye con obras de alta calidad o, al menos, con obras que responden a las exigencias técnicas y literarias de la contemporaneidad: son un espejo continuo de lo que va siendo Venezuela en el mundo. Es extraña, entonces, la ignorancia del resto de los hispanohablantes sobre literatura venezolana. Parece ser una cuestión editorial, más que literaria.

La pregunta sobre el arte de narrar en estos tiempos parecería inútil; pero la necesidad humana de tener un referente ficticio para comprender lo real que circunda nuestros ojos hace que esa pregunta tenga siempre nuevas respuestas y la misma: se narra para explicar el cuento que pasa delante de nuestros ojos, se narra para ser el dios de lo que pasa, la pequeña deidad que decide la cotidianidad de un beso o el viaje en un ascensor. Si el narrador está contando siempre la misma historia, los narradores de un país están hablando siempre del mismo país y los narradores del mundo pulen el espejo donde ese mundo se refleja, como en aquel Tlön donde el mundo era usurpado por otro nuevo y sin usar. Es inútil intentar otro movimiento, porque la superficie sobre la que se asentan las palabras también es parte del cosmos que pasa delante de nosotros, y parecemos condenados a confirmar la frase bíblica, «como es arriba es abajo, como es abajo es arriba». Entonces, ¿por qué el mundo que leo tiene otro sabor, tiene otra textura?